

## LA ANTORCHA DE MARTÍ<sup>1</sup>

*Vanessa Fonseca G.\**

*Isabel Wing-Ching S.*

Decía Martí que cada hombre debía ser una antorcha para los demás: antorcha que arda en el apasionamiento por un ideal, antorcha guía que encamine a los pueblos hacia rutas de bienestar común, antorcha que sirva, a su vez, para encender otros fuegos, inmortalizándose en generaciones de flamas.

Consecuente con su pensamiento, la lucha de Martí es antorcha que apasiona, guía y enciende generaciones de hispanoamericanos desde finales del siglo XIX. Esa palabra viva de Martí la asumimos como nuestra al inaugurar en Costa Rica las cátedras *Nuestra América Hoy*, cuyo nombre recuerda la vigencia de uno de los escritos más visionarios del pensador cubano y también la necesidad urgente de volcarnos sobre el convulsionado presente de lo que él llamó la América mestiza.

Movidos por esa triple condición de antorcha que ejerce Martí en nuestra historia continental, miembros de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Nacional formamos una comisión con el fin de elaborar una propuesta para la creación de las cátedras martianas de Costa Rica, primeras en nuestra Centroamérica. Su carta constitutiva es el fruto de ese diálogo y esa unión de sueños y esfuerzos en la consecución de metas comunes, y es también el resultante de uno de los imperativos martianos: reconocer la unión como la única vía para la supervivencia y desenvolvimiento de nuestras culturas, superando la división en pensamientos de aldea, en estériles egoísmos, raíz de nuestras desgracias históricas.

En este sentido, las actividades de las cátedras *Nuestra América Hoy* van más allá de una simple repetición o apropiación de las enseñanzas de José Martí. Las cátedras se proponen ser praxis de los ideales del libertador y en las estructuras de nuestras universidades estatales encuentran hoy un espacio ideal, que esperamos se prolongue más allá de sus linderos y se una así, en un solo abrazo, con las cátedras martianas que ya han florecido en otras universidades latinoamericanas.

En nuestra vida universitaria, esta praxis martiana contribuye a la acción integral de la docencia, investigación y extensión, condición que vitaliza la academia y evita la proliferación de los que Martí llamó "letrados artificiales", distanciados de "la nación natural tempestuosa e inerte".

Frecuentemente leemos numerosos documentos, repetimos y hasta debatimos sobre

---

<sup>1</sup>A propósito de la inauguración de las cátedras martianas de Costa Rica, celebrada el pasado 23 de marzo, en el Salón Dorado del Museo de Arte Costarricense.

\* Vanessa Fonseca: profesora de la Maestría en Filología; Isabel Wing-Ching: profesora del departamento de Sociología, de la Universidad de Costa Rica.

una serie de principios con los que nos identificamos en lo más íntimo de nuestras convicciones, pero que lamentablemente no siempre cobran vida en la realidad. Uno de los más repetidos en nuestra Universidad es el de la integración de las tres dimensiones del quehacer universitario, docencia, investigación y acción social; sin embargo, como se evidenció una vez más en el V Congreso Universitario, ni los reglamentos, ni los proyectos, ni los planes de estudio ofrecen orientaciones claras, condiciones o estímulos en esta dirección. Los principios integradores, aquellos que buscan convertir el archipiélago en continente, como pensaba Rodrigo Facio, están muy frecuentemente ausentes; esta situación llama a invertir más pensamiento y acciones consecuentes en mejorar este aspecto que concierne a la motivación y creatividad de los recursos humanos, pues si esto no se logra, nada de lo que "reformemos" o cambiemos podrá traducirse en el perfeccionamiento que deseamos y buscamos en nuestra sociedad y universidad.

Pensamos que la investigación no puede quedarse como aquella "juventud angélica", de la que hablaba Martí, que "como de los brazos de un pulpo echaba al cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes". La investigación exige un compromiso doble: con la comunidad universitaria por un lado, como nutriente de la formación de los futuros profesionales y renovadora de los docentes, y por otro lado con la comunidad nacional, sustentadora y destinataria de los productos que se logren.

Por otra parte, el quehacer científico y educativo, sobre la huella del pensamiento martiano, no debe tener un fin en sí mismo. Frente a esta concepción, la obsesión por la técnica y, en los últimos tiempos, la motivación de la "rentabilidad" y hasta el tono elitista de algunas propuestas, olvidan que la investigación en la universidad es un medio para lograr el bienestar de la nación, como claramente lo expresa el Estatuto Orgánico, y no un objetivo financiero -institucional o individual- y menos aún una fuente para satisfacer vanidades personales. Esta situación muestra la necesidad de revitalizar la escala de valores, tan importante en la vida y obra del Apóstol, estimulando el desarrollo de la conciencia que traduzca en la realidad el compromiso que tenemos con la democratización de la educación superior y de los esfuerzos por el desarrollo del país.

Con la docencia, se abre la investigación a una comunicación enriquecedora y permanente con colegas y estudiantes, que contribuye, entre otros, a que en el desarrollo de los cursos la memoria pierda su frecuente uso repetitivo y mecánico, para transformarse en fuente constructiva, alimentando la certeza de que el conocimiento acumulado es punto de partida y no de llegada.

Una actividad universitaria Fundamental es la formación de los profesionales que el país necesita para su desarrollo, la que tiene un momento de culminación en el proceso de graduación; este proceso ofrece justamente condiciones óptimas para la articulación de la docencia con la investigación, articulación que cuando se logra, necesariamente desemboca en la extensión.

Como en otras ocasiones se ha expresado<sup>2</sup>, en la perspectiva de los estudiantes es el momento crucial de la verificación de la calidad de su formación, actitudes y disciplina adquiridas a lo largo de los años de esfuerzo, y de sus niveles de aprovechamiento. En la perspectiva del profesor universitario, es la verificación del logro de la articulación de sus esfuerzos, porque participar en el desarrollo de los trabajos finales de graduación es un doble ejercicio: hacer investigación, porque no se puede quedar al margen del proceso, y hacer docencia, porque su participación no debe pasar ese umbral de la acción que orienta y apoya pero no se superpone, sino que deja hacer. En la perspectiva institucional, los niveles de excelencia académica (concebida como producto colectivo) que se alcancen, constituyen un indicador del aporte que autentican los títulos universitarios y que contribuye a honrar el compromiso de nuestra institución -de todos los universitarios- con la sociedad.

Por esta convicción, las cátedras martianas de Costa Rica incluyen al respecto, en sus actividades iniciales, una propuesta con doble propósito: aprovechar este proceso para "impulsar el estudio del pensamiento martiano a la luz de las condiciones actuales", en una acción que fortalece la integración de las dimensiones del quehacer universitario.

La ruta social que naturalmente construye la articulación de la docencia y la investigación en la perspectiva anotada, amarra los lazos con la nación, vía sus comunidades, creando puentes por los que no sólo transite el enriquecimiento de la producción del conocimiento sino también su empleo y aprovechamiento en la resolución de problemas actuales. Ya lo decía también Martí: conocer es resolver.

El estudio del ideario martiano no sólo fortalece nuestro quehacer universitario al abrirnos la mente de uno de los "veedores" de nuestra América, sino que es también una ocasión para reflexionar sobre el proceso de nuestras identidades. Decimos con él que el problema de la (in)dependencia exige, además de un cambio de formas, un cambio de espíritu, que nos lleve a levantar vuelo en nuestras acciones, para cristalizar en un futuro cercano las utopías de hoy. Pero la materialización de ese espíritu sólo se logra a lo largo de un proceso que comienza con el conocimiento y valoración de lo propio, fortaleciendo el respeto y el amor por "nuestras dolorosas repúblicas de América".

Es este mismo espíritu el que lo hace afirmar la necesidad de una popularización del saber y ese afán por alcanzar una verdadera democratización de la cultura. Para responder a este compromiso, la punta de lanza está en los auténticos maestros, en aquellos que -como la generación de pedagogos de la Escuela Normal Superior a principios de siglo- encendieron con sus ideas el alma nacional, insertándola en su contexto histórico social. El verdadero maestro es inmortal, no porque su sabiduría haya deslumbrado a la sociedad sino, como el mismo Martí lo pensó, porque logró *ser un hombre de todos los tiempos al ser un hombre de su tiempo*.

---

<sup>2</sup> Wing-Ching, Isabel: *Haciendo camino. Memorias de una experiencia académica*, Universidad de Costa Rica, San José, 1991, pp.60-62.

Por ello cualquier esfuerzo educativo, concebido éste más allá de] mero lindero de las aulas, no puede perder de vista el contexto en el que avanza, es decir, debe sustentarse en el conocimiento de las condiciones de su entorno y de las de los participantes. Como condición activa de todo proceso social, la educación obliga a superar toda visión mitificada de la realidad, al mismo tiempo que una completa dedicación a la acción, puesto que todo acto educativo se orienta a reforzar o cambiar las actitudes y acciones de las personas a fin de que la humanidad progrese.

Por ello frecuentemente escuchamos o leemos que "la educación es un factor de cambio", que "es liberadora", que es "fragua de la democracia", que "es el camino hacia la paz", que contribuye a forjar "los espacios de utopía". Y es que la educación, entendida en su dimensión humanista, es un punto de partida de la transformación social, pues no sólo se forman cuadros calificados para una determinada tarea sino también, y fundamentalmente, ciudadanos orientados por principios éticos, morales y de justicia.

Y por ello la educación es política, aunque algunos pretendan negarlo. Desde el siglo XVIII, para limitarnos a las ideas y procesos ligados a nuestro actual sistema social, pensadores como Rousseau, Condorcet o Fichte, consideraron que la educación debía contribuir a la liberación política y a la constitución de un régimen social justo. En nuestro continente, a principios de siglo, encontramos un fuerte y hermoso movimiento estudiantil y obrero, que heredó al mundo la llamada Reforma de Córdoba, inspiración de nuestro Estatuto Orgánico; este movimiento exigió, como Martí, el compromiso de las universidades con el destino de sus pueblos; poco después florecieron las universidades populares, donde destacaron grandes latinoamericanos como José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, Víctor Raúl Haya de la Torre y tantos otros igualmente vigentes, cuya pensamiento y acción hoy pretenden revitalizar, en nuestro medio, las cátedras martianas de Costa Rica.

La dimensión necesariamente política de la educación, que se evidencia en todos los procesos sociales, traduce la actitud dialéctica del acto educativo, porque como señala Luis Patiño<sup>3</sup>, la verdadera Política es pedagógica. El educador no puede ser neutral en política y tal vez por ello no conocemos a alguno que lo sea; ubicado independientemente de su voluntad en los procesos de su época, participa en ellos impulsándolos decididamente, o su pretendida neutralidad lo coloca entre los "fanatizadores que mitifican las acciones y los pensamientos".

El redescubrimiento de Nuestra América *Hoy* es norte de las cátedras martianas y ello nos obliga a insertar cada explicación en las condiciones particulares en que se elabora. Investigar el aporte de Martí a la poesía modernista, por ejemplo, implica destacar su labor lírica insertada en los procesos mundiales de su época. En esta perspectiva, y también a manera de ejemplo, el análisis del primer período del modernismo, conocido como "La

---

3 PATIÑO, Luis E.: "Presentación". en FURTER, Pierre y Ernani FIORI: *Educación liberadora. Dimensión política*, Ediciones Búsqueda, Buenos Aires, 1985.

vuelta de las carabelas", contribuirá a valorar y respetar nuestra historia cultural, porque evidenciará la fecundidad de nuestras propias raíces- al hacerlo, aceptaremos la propuesta martiana: "crear es la palabra de pase de esta generación", y pensamos que debiera serlo de todas las generaciones.

El ideario martiano es un sistema coherente, donde los principios estéticos y sociales están enmarcados por la ética, aspecto que hemos querido enfatizar en nuestra propuesta inicial respondiendo a su urgencia en nuestros tiempos. El diálogo con el pensamiento martiano, incluido en el programa de actividades de las cátedras *Nuestra América Hoy*, despliega un abanico de sugerencias temáticas que abordan diversos aspectos de la vida social, todos integradas por la ética y el compromiso.

Recordemos que la visión totalizadora de Martí le condujo, en el siglo XIX, a la preocupación por la conservación del entorno natural, preocupación que apenas empieza a abrirse paso a finales del siglo XX. De ahí que la reflexión que genera su pensamiento ecológico no sólo se limite a esclarecer su "credo natural", sino que trascienda, como en él, los deberes del hombre con su ambiente apuntando al desarrollo de medios alternativos de producción, que desplegando la creatividad nacional, aproveche las riquezas naturales propias y garantice así su disfrute a las generaciones futuras. Una vez más, el conocimiento y valoración de lo propio se evidencia como la fuente que provee las soluciones de nuestras necesidades y se percibe que la ética martiana es entonces un compromiso integral del hombre con la naturaleza y la sociedad.

Pero estos principios no siempre han despertado el respeto de los gobernantes, y por ello Martí nos señala que un gobernante que desconoce los elementos que conforman su país, que prefiere imponer modelos foráneos que no se adecuen a las necesidades particulares, es un mal gobernante. Y agrega que también lo es aquel que siembra odios inútiles o prefiere la complicidad del silencio a la luz de la verdad. La historia de nuestra América recuerda a muchos estadistas como discípulos de Martí, muchos que con él han sostenido, sin importar el precio de sus palabras y acciones, que la "patria es ara, no pedestal; se la sirve pero no se la toma para servirse de ella". Frente a esta concepción, el análisis del actual deterioro político evidencia la pérdida de ética y legitimidad, proceso que desde sus primeras manifestaciones fue denunciado por los hombres honestos de nuestra América. Recordamos en nuestro país a José Figueres Ferrer cuando dice:

"Lo que falta es fe. La fe en la clase dirigente cuyos exponentes son los hombres de negocios y los políticos. Esa clase social se encuentra en todos los países en una situación especial. Se siente anacrónica. Por todas partes ve venir su destrucción si no cambia, si no se transforma".<sup>4</sup>

La última década es expresión clara de la urgencia de transformaciones sociales en América Latina, de la necesidad de su segunda independencia, y esta constatación nos

---

<sup>4</sup> Citado por Tomás GUERRA en la publicación titulada *José Figueres: Una vida por la justicia social*, CEDAL, Heredia, 1987.

obliga a redoblar esfuerzos en la búsqueda de formas originales de desarrollo con justicia social, de una democracia efectivamente capaz de sustentar la soberanía nacional.

La justa valoración de la articulación de los elementos endógenos y exógenos, la identificación necesaria del hombre americano con su entorno natural, la denuncia valiente de la corrupción de los políticos o de los inútiles egoísmos regionales, son grandes lecciones de "ética hispanoamericana", producto de la reflexión de un hombre para quien la patria nunca fue triunfo, sino "agonía y deber"; de un hombre que supo decir con voz firme: *"de América soy hijo, a ella me debo"*.